La Forma del Amor

miguel perez

Capítulo 1

Acaricio su piel, porosa y de eterna extensión, suave y gomosa, la acaricio y me envuelve en los delitos del calor y el olor al polvo de mariposas. Esa piel que nos une y nos separa, cada quien adosada a ella viviendo en paralelo. La toco tanto que deja de ser piel, comprendo tan poco lo que es esa alfombra epidérmica, ¿cómo puede alguien aislar lo que toca?, si al tocar también esta siendo tocado. Sigue siendo suave, lo repito y no me harta, como el despertar cada día y saberte vivo sigue llenando a todos los hombres, su piel es el ágape que no cesa. Como se estiran y se encojen nuestros brazos, apalancados por las bisagras de nuestros codos, cumpliendo el objetivo final de toda esa ingeniería de miembros, huesos y sangre, que es el sentirtla. Operando con las pupilas de mis manos y desmenuzando la apreciación con los bisturíes que se me dieron en forma de dedos. Sintiendo cada rincón suyo, voy, labio con labio, nariz con nariz y ombligo con ombligo, con una continua agitacion en una respiración que se comparte y se entremezcla constantemente, perdiéndose la privacidad hasta sobre el mismo oxígeno.

Así eran nuestras tardes hasta que un viento caliente empujaba nuestras cortinas y nos avisaba que la tarde laboral ya se había perdido y que pronto tendríamos que buscarnos unos nuevos trabajos para nuestro sustento. Si la pasión no nos quitaba el sueldo, nos impedía el almuerzo, despertándose con el mas mínimo jugueteo y tomándolo todo sin consideración del mundo de allá afuera, el de los tiempos que se interconectan y nos requieren en otras partes, con temperaturas distintas en nuestros cuerpos. Esta pasión era un infante caprichoso que no le importaba nada, un niño que tenía el sentido de la vida mas resuelto que cualquier metafísico que haya hablado. No había mas que darle gusto a esas picardías universalmente trascendentales. Retozar en los sillones destripados de almohadones, en la cocina grasienta y descuidad o mejor en su piso, que se mantenía limpio por obvias necesidades, y en el balcón cuando la noche lo permitía.

Ella pintaba semidesnuda mientras yo bebía un mosto a medio transustanciar en vino. Yo hacia la cama y ella miraba desde las sombras esa escurridiza luna de medio día, deleite que muy pocos se detienen a apreciar. Nos amábamos perdidamente y nuestro amor andaba totalmente perdido en el mundo de los actos constantes con fines que se diferencian de distintos y organizados colores. A la deriva era decir mucho, a la deriva era calificar, ponderar, enunciar algo que no se entiende ni busca ser entendido. Así que la ausencia de significancia debía quedarse en eso, en vacíos que no son vacíos, sino simples rodeos por donde alguno podría decir que debería de haber algo, nada más. Seguir la ruta sin esa voz interna que distrae y contamina; nadie escribe un libro arriba de una montaña rusa, tampoco se sitúa verdaderamente allí, solo recuerda, une y edulcora con palabras e intachable sintaxis y dice lo que

fue la experiencia desde todas las distancias posibles.

Pero ella ya no está, y debo de poner palabras como se ponen rocas sobre una tumba para acercarme un poco a su compañía. Me la quitaron en la semana que comenzó a pintar ese bello cuadro, donde la luz era color que se mezclaba con otros colores que brotaban de la piel y sus humores, esa bella pintura en la que trato de retratarnos, donde nada se entendía, y eso no importaba porque la escena la protagonizaba un sentir muy difícil de inteligir.

Todavía la siento aquí, como un fantasma andrajoso de lienzos descascarandose en petalos. Deambulamos entre las habitaciones, como Adán y Eva indiferentemente desnudos, solo que ahora debería verse a dos Evas. Hoy no puedo verme sin ropa en el espejo sin verla a ella y sentirme mutilada por la vida, por la ausencia, desollada por que comparti algo que nunca volvio a ser mio.